

La paz con Dios

Autor: A. J. Pollock

El tema que trataremos ahora es: La paz con Dios: qué es y quién la tiene. Este asunto tiene, como lo reconocerá usted, una gran importancia, y así debemos hacerlo constar en primer término. ¡No tener paz con Dios no es una cuestión de tiempo o de circunstancias; se trata, nada menos, que de la eternidad! Sí, de la eternidad, de una cuestión de salvación o de condenación; una cuestión, en fin, que supera infinitamente a todas las demás por su importancia.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Introducción - Qué es la paz y quién la tiene	3
La paz con Dios	4
Pesar trapos inmundos.....	4
Carencia de fuerza propia para conseguir la paz.....	5
El infinito precio de la liberación.....	6
El Obrero de la paz	7
«No comprendo. Fue demasiado fácil».....	7
En el umbral de la paz eterna.....	8
¿Por cuántos pecados?	8
La entera satisfacción de Dios: ¡un Sustituto!.....	10
La tumba abierta: una puerta a la felicidad eterna.....	11
El valle y el gigante	12
Libres de un diluvio judicial	13
El calvario y el fuego	15
Una paz inmutable	16
¿Hacia dónde mira usted?	16
Pequeño resumen	17

Introducción - Qué es la paz y quién la tiene

“Y no solamente con respecto a él (Abraham) se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”.

“ Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo (Romanos 4:23-24; 5:1).

El tema que trataremos ahora es: La paz con Dios: qué es y quién la tiene. Este asunto tiene, como lo reconocerá usted, una gran importancia, y así debemos hacerlo constar en primer término. ¡No tener paz con Dios no es una cuestión de tiempo o de circunstancias; se trata, nada menos, que de la eternidad! Sí, de la eternidad, de una cuestión de salvación o de condenación; una cuestión, en fin, que supera infinitamente a todas las demás por su importancia.

Muchas personas disfrutan, en un sentido o en otro, de una supuesta paz, de una paz aparente; pero la cuestión para el alma de cada uno es: ¿Tengo **realmente** paz con Dios? ¿Sé lo que es la paz con Dios? No importa lo que yo piense, ni lo que usted piensa. Mi opinión no vale más que la suya. La gran cuestión es: ¿Qué dicen las Escrituras? ¿Qué dice Dios acerca de este asunto?

Hay muchísimas personas que han hallado una paz falsa. Creen que, por cambiar de costumbres, leer la Biblia, orar, hacer penitencias, asistir a las reuniones religiosas, ir a la iglesia, participar de los sacramentos y, en fin, utilizar todos los medios que están a su alcance, podrán obtener la paz con Dios; pero están completamente engañadas. Se hace muy frecuentemente la pregunta: ¿Ha hecho usted paz con Dios? Esta pregunta es sumamente engañosa. Óigalo muy bien: es imposible para nosotros hacer la paz con Dios. La paz sí tiene que ser hecha, pero **ninguno** de nosotros puede hacerla; es una obra superior a nuestras fuerzas y que, por lo tanto, está fuera de nuestro alcance.

La paz con Dios

Dos amigos paseaban por una playa. Uno de ellos era cristiano y el otro no creyente. El primero dijo a su compañero: «Mira a ver si puedes borrar las huellas que has dejado en la arena». Así lo intentó el otro, pero su amigo le hizo notar: «Mientras estabas tapando las primeras huellas, con tus pies estabas haciendo otras. ¡Míralas!». El hombre reconoció que en verdad se le imponía un trabajo imposible. Continuaron su paseo, y un poco más tarde creció la marea. Al bajar esta de nuevo, se vio que el agua había hecho desaparecer las huellas.

Algunas horas después, mientras el cristiano y su amigo volvían a pasar por el mismo sitio, se inició otra conversación. El creyente dijo al incrédulo estas palabras: «Observa que lo que no pudiste hacer tú, lo hizo la marea». Y lo que usted, ansioso pecador, no puede hacer con sus esfuerzos, lo puede efectuar la preciosa sangre de Jesús. No podemos borrar ni un solo pecado. No podríamos vernos limpios de ellos aunque viviésemos tanto como Matusalén –es decir, 969 años (Génesis 5:27)– y empleáramos toda nuestra vida y nuestra inteligencia para tratar de hacerlo. No podemos, lo repito, quitar de nosotros ni un solo pecado; pero “la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). Sí, amigo lector, todo. **¡Todo!**

Pesar trapos inmundos

Muchos creen que en el día del juicio sus buenas obras serán puestas en un platillo de la balanza sostenida por la Justicia, y sus pecados en el otro platillo, y que, en caso de que pesaran más las buenas obras, entrarán en el cielo. Si usted cree esto, le recomiendo que examine toda su vida pasada y sus obras (las que los hombres llaman «buenas»), y que las compare con la Escritura que dice: “Todas nuestras justicias (son) como trapo de inmundicia” (Isaías 64:6). Usted y la gente las llaman «buenas obras» u «obras de justicia», pero la Escritura las llama trapo de inmundicia. ¿Quién tiene razón? ¿Ustedes o Dios? La persona no salvada no tiene **ninguna** obra buena para poner en el platillo de la balanza de la Justicia, pero al pecador salvado todos sus pecados le son perdonados por la fe en Jesús.

Como usted puede ver, mientras no se someta a Dios ni acepte a Cristo, está perdiendo la bendición que por gracia viene de parte de Dios para nosotros, y jamás podrá obtener la justificación. En Romanos, capítulo 3, versículos 22 y 23, leemos también: “No hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”. Y en el versículo 10 del mismo capítulo leemos: “No hay justo, ni aun uno”.

Carencia de fuerza propia para conseguir la paz

Un amigo mío entró cierto día en un vagón de ferrocarril en el cual se mantenía una acalorada discusión religiosa. Cuando mi amigo hubo tomado asiento, uno de los presentes le dijo, poniéndole amistosamente su mano sobre la rodilla: «Decíamos aquí que, para entrar en el cielo, es necesario ser bueno y practicar el bien». A lo que mi amigo contestó: «Pues, mi estimado señor, tengo un libro muy antiguo –en el cual creo mucho– que contradice rotundamente la afirmación que usted acaba de hacer. En ese libro del que le hablo hay dos afirmaciones que no concuerdan con lo que usted alega. Mientras usted dice: «Seamos buenos», el santo Libro dice: “Ninguno hay bueno, sino solo uno: Dios” (Marcos 10:18). Usted afirma también: «Hagamos lo bueno», y este Libro dice: “No hay quien haga lo bueno”. Sus afirmaciones, por lo tanto, están en completa oposición a lo que declara el Libro del que le hablo».

Hace poco dije que nadie podía hacer su paz con Dios. ¿Y por qué no? Por la sencilla razón de que no tenemos fuerza alguna. La Biblia dice:

“ Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos (Romanos 5:6).

Una de las razones es que **no tenemos fuerza alguna**, y la otra es que la fuerza que por naturaleza poseemos **tiende únicamente a cometer el mal**. Toda la fuerza de una higuera silvestre solo sirve para producir higos amargos, así como todo el vigor del pecador tiende únicamente a producir pecados. Notamos que el mal trastorna nuestros pasos. ¿Cómo, pues, podemos nosotros hacer la paz?

¿Quién hará la paz? ¿Podrán hacerla los ángeles, esos seres inmaculados y santos que cubren sus rostros delante de Dios? ¿Podrían ellos hacer la paz? ¿Podría hacerla un arcángel? ¡No! ¿Quién pudo hacerla, entonces? Solamente hubo Uno que fue poderoso y capaz de hacerla: el bendito Señor Jesucristo, de quien leemos en las Santas Escrituras que **él hizo la paz**. ¿Cómo? Por “la **sangre** de su cruz”.

Explicuemos el caso con mayor claridad. No se nos manda que seamos **hacedores** de la paz, en el sentido de hacer nuestra paz con Dios, sino que se nos ordena que seamos **aceptadores** de esta paz. El Señor hizo la paz en la cruz, donde derramó su sangre. La obra está hecha: “Consumado es” (Juan 19:30).

El infinito precio de la liberación

Voy a servirme de una pequeña ilustración, pues estoy seguro de que contiene toda la sustancia del asunto. Un conocido predicador, empleando un lenguaje muy gráfico, comparaba este mundo con una descomunal cárcel de formidables murallas y pesadas puertas de hierro. La Misericordia –decía él– miró desde el cielo y le dio mucho pesar ver a los prisioneros. Descendió hasta aquel lugar y, cuando se disponía a abrir las puertas, la Justicia, con voz de trueno, le ordenó que no intentara hacer tal cosa, diciéndole con severidad: «Nadie puede salir de aquí mientras no se dé plena satisfacción a mis juicios». La Misericordia respondió: «Pero Dios es amor». A lo cual agregó la Justicia: «Pero Dios es luz». La Misericordia, aunque sabía que todo esto era verdad, comenzó a interceder por los desgraciados; pero la Justicia siguió diciendo: «Dios ha de ser justo, pues él es santo». La Misericordia vio que no podía oponerse a las exigencias de la Justicia y tuvo que retirarse.

Por fin el Hijo de Dios dijo: «Bajaré yo, y dejaré que la Justicia traspase mi costado con su espada vengadora y que apague su ardiente filo con la sangre de mi vida». Y, efectivamente, el **Hijo de Dios descendió** para cumplir su misión misericordiosa. La Justicia se situó ante la puerta, dispuesta a resistir a todos mientras no fuesen satisfechas sus justas exigencias.

El Hijo de Dios se presentó en el Calvario. Allí el Buen Pastor sufrió como lo había anunciado Zacarías el profeta (cap. 13:7): “Levántate, oh espada, contra el pastor, y contra el hombre compañero mío, dice el Señor de los ejércitos. Hiere al pastor”. La ardiente espada penetró en su costado. La Justicia hirió, y fue satisfecha. El Señor Jesús, al morir, exclamó: “Consumado es”. Entonces la Justicia envainó la espada, puesto que ya había recibido una satisfacción completa y, viendo que la Misericordia corría rápidamente a abrir las pesadas puertas, sonrió complacida.

Se reconoce en esta ilustración el resumen de todo el Evangelio. “Dios es luz”, y “Dios es amor”. Por un lado, las exigencias de la Justicia de Dios deben ser satisfechas; por el otro, su amor desea la felicidad del pecador.

El Obrero de la paz

Pero ¿cómo puede Dios hacerlo? El Señor Jesucristo se encargó de esta obra. Dicen algunas personas que las buenas obras nos hacen dignos del favor de Dios. Pero la **vida** de Jesús no borró ni un solo pecado. Fue una vida perfecta, divina, amable y cariñosa hasta lo infinito. Cada paso que el Señor Jesús dio en la tierra fue consagrado a la gloria de Dios. Él oraba toda la noche en la cumbre de la montaña, pero sus **oraciones** no expiaron nuestros pecados; y, no obstante, hay quienes piensan que por las oraciones de ellos podrán ser justificados. Jesús derramó lágrimas sobre Jerusalén, pero no fueron sus oraciones –aunque preciosas y perfectas– ni sus lágrimas –aunque amorosas y compasivas– las que pudieron lavarnos de nuestros pecados. Únicamente su sangre preciosa pudo lavar nuestras culpas, pagar el precio de nuestra salvación. No son las oraciones, ni las lágrimas, ni las buenas obras, ni el cambio de costumbres lo que nos salva; únicamente “la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado”.

El Señor Jesús se hizo el **Obrero de la paz**. Nosotros no podemos hacer la paz, pero, según las Escrituras, Jesús hizo la paz “mediante la sangre de su cruz” (Colosenses 1:20). La paz fue hecha una vez para siempre por el Señor Jesucristo en la cruz del Calvario. Sus palabras, al exhalar el último suspiro, fueron estas: “Consumado es”. Nadie sino él podía decir tales palabras. Él tomó el cáliz de la ira que Dios, obrando conforme a su justicia, le presentó; y llevándolo a sus labios, lo bebió hasta la última gota. ¡Qué Salvador tenemos!

Nunca fue tan querido por Dios como en ese momento, y, con todo, Dios lo abandonó. De sus labios salió aquel amargo lamento: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”. Los cielos se oscurecieron y el sol dejó de brillar.

«No comprendo. Fue demasiado fácil».

Algunos nos dicen: «No comprendo el Evangelio; ustedes dicen: Crean solamente. Me parece una cosa demasiado fácil». Tal afirmación la he oído en muchas otras partes del mundo; brota naturalmente del corazón humano. Pero es mejor que reflexione, que piense bien: ¿en realidad fue una cosa demasiado fácil? El Señor Jesús descendió del cielo a la tierra. ¡Qué viaje! Además de esto, caminó hasta la cruz. ¡Observe muy bien! ¡Cumplió la pena, entregó su vida, bajó al polvo de la muerte!... ¡Oh, querido amigo! ¿será posible que usted también sea capaz de decir que la salvación es demasiado fácil? ¡No! Sus buenas obras no pueden mezclarse con el valor expiatorio de la sangre de Jesús en el asunto de la salvación de su alma. Depende únicamente de Cristo y su obra en la cruz del Calvario.

El Señor Jesucristo, habiendo hecho la paz por la sangre de su cruz (véase Colosenses 1:20), bajó al sepulcro; pero Dios le resucitó de los muertos y ahora está “anunciando el evangelio de la paz por medio de Jesucristo” (Hechos 10:36).

En el umbral de la paz eterna

Pero, ¿cómo podemos entrar en el gozo de la paz? Mediante Jesucristo: “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo” (Hechos 16:31). “De este dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre” (Hechos 10:43). Jesús lo hizo todo. Él dijo de sí mismo: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida”. Todo se hace por Cristo, y el alma, desde el momento que confía en Jesús, puede gozar de los frutos de la paz con Dios, mediante el Salvador, Jesucristo.

Observe usted por unos instantes el cuarto capítulo de la epístola a los Romanos. En él encontrará que Abraham fue justificado por la fe, sin obras. Abraham creyó a Dios, dice el pasaje de las Escrituras, “y le fue contado por justicia”; y luego continúa: “Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (cap. 4:23-25).

Este último versículo nos habla de dos cosas: de la muerte de Jesús y de su resurrección. Dice en primer término: “el cual fue entregado por nuestras transgresiones”. Esto es lo que puede afirmar todo creyente. Además, cualquiera que lea este folleto puede decir: «Recibo sinceramente a Jesús como mi Salvador», y está autorizado a dirigir una mirada retrospectiva (hacia el pasado) a la cruz, diciendo con todos los cristianos que han existido desde entonces hasta la actualidad: “Fue entregado por nuestras transgresiones”.

¿Por cuántos pecados?

Permítame dirigirle una pregunta: ¿Por cuántos de sus pecados fue entregado el Señor Jesucristo? Él fue entregado por nuestros pecados. ¿Por cuántos? Aún no habíamos nacido cuando Cristo murió en la cruz. La historia de nuestras vidas pertenecía al futuro. Pero Dios conocía todos nuestros pasos y él **entregó a Cristo por nuestros pecados**. ¿Por cuántos? Respóndame conscientemente a esta pregunta. Si examinamos las Escrituras hallaremos escrito en ellas:

La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado



(1 Juan 1:7).

Dios tomó la totalidad de nuestros pecados, todas las faltas en que incurrimos desde la cuna hasta la sepultura, y puso la acumulada carga sobre la cabeza de nuestro Sustituto y Salvador, el Señor Jesucristo, el cual se sometió a todo, sufriendo el juicio en nuestro lugar, dando plena satisfacción a Dios y libertando así para siempre al pecador que cree en Él.

Querido amigo, que su alma medite esta verdad: **todos** sus pecados fueron cargados por Jesús en la cruz del Calvario, hace casi dos mil años. Él fue entregado por nuestros pecados. Cargó con todos ellos, y exclamó triunfante al morir: “Consumado es”; inclinó la cabeza y entregó el espíritu. Fue puesto en un sepulcro prestado, y allí permaneció hasta que resucitó triunfante. ¿Quién le resucitó de los muertos? La Escritura nos dice: “Dios le levantó de los muertos” (Hechos 13:30). Pero ¿por qué Dios lo hizo? ¿Por qué le levantó de los muertos? La respuesta es muy sencilla: **porque la obra estaba hecha con toda perfección**. Dios quedaba satisfecho con lo que se había realizado. ¿No es suficientemente claro este punto? Si el Señor Jesús no hubiese llevado a cabo la obra, si no hubiese expiado la **totalidad** de los delitos que tomó sobre sí en la cruz, no podría, con justicia, haber sido resucitado de los muertos; pero resucitó porque **la obra quedó hecha con toda fidelidad** y perfección.

La entera satisfacción de Dios: ¡un Sustituto!

Un marinero asistió a una reunión en la cual se predicaba el Evangelio. Lo que escuchó le interesó vivamente y, cuando la reunión terminó, fue a hablar con el predicador. Pero aunque se le presentaba el Evangelio de una manera sencilla, siempre respondía con estas palabras: «No me doy por satisfecho». Entonces el predicador le contestó:

–Mi querido amigo, poco importa que usted no esté satisfecho; la gran cuestión es esta: **¿Está Dios satisfecho?**

Vamos a suponer que yo fuera un deudor obligado por la justicia a pagar cierta cantidad de dinero. Poco importaría que yo estuviese satisfecho o no; lo importante sería que la persona a quien le debo el dinero quedara satisfecha con el pago... La gran cuestión es esta: **¿Está Dios satisfecho?** Él tiene que ajustar cuentas con nosotros, pero Jesús murió para pagarlas. **¿Está Dios satisfecho?** Sí, Dios está eternamente satisfecho y lo probó resucitando de los muertos a Jesús, nuestro Señor, y coronándole de gloria y honra.

Permítame insistir sobre este punto. Para aclararlo un poco más, usaré una comparación. Supongamos que estoy a punto de ir a la cárcel por una deuda que no puedo pagar. Un amigo mío, sabiendo que tengo muchas obligaciones con mi familia, se presenta y me dice generosamente: «Me ofrezco a ir a la cárcel en tu lugar». Yo acepto con gratitud su generosa oferta y guardo constante recuerdo de mi buen amigo.

Después de un tiempo me lo encuentro en la calle y exclamo sorprendido: «¡La deuda ya está completamente pagada!». ¿Cómo lo sé? «Pues porque usted vio a su amigo en la calle», me dirá usted, y agregará aun más: «Bien sabe que las leyes de la nación no le habrían permitido la libertad si no hubiera dado completa satisfacción o no hubiera liquidado la deuda». Tiene razón, ¡ha hecho usted una muy buena observación! Sé, pues, que la deuda ha sido pagada porque he visto a mi amigo **fuera** de la cárcel, en completa libertad.

Si aplico esta comparación a la realidad, diré que yo, lo mismo que cada una de las personas que lean este folleto, habíamos contraído una gran deuda con Dios; pero el Señor Jesús dijo: «Seré yo el Sustituto, moriré en la cruz, sufriré de manos de un Dios justo y santo toda la sentencia que se les iba a aplicar a ustedes»; en efecto, el Señor Jesús caminó hasta la cruz. Al morir exclamó: «Consumado es», y su cuerpo fue puesto en el sepulcro. Al sepulcro le corresponde la figura de la

cárcel; pero la piedra que lo cubría fue removida y quitada de su lugar, no para que el Salvador pudiera salir, sino para que pudiésemos mirar dentro del sepulcro y ver que **¡el Salvador resucitó!**

La tumba abierta: una puerta a la felicidad eterna

El Señor salió del sepulcro a pesar del sello que había puesto el gobernador romano. La piedra fue quitada para que pudiésemos mirar, y mirando, se desvanecieran nuestras dudas y recelos; de modo que ahora podemos exclamar triunfantes: «¡El Señor ha resucitado verdaderamente!».

Él resucitó por la potencia de Dios y por su propio poder. ¿Qué conclusión sacamos, pues, de la resurrección del Señor Jesús? Lo vemos en libertad y decimos que la deuda está pagada. La justicia está satisfecha, puesto que Jesús ha resucitado; **este es el punto central del cristianismo**. Cristo Jesús no solo murió por nuestros pecados, sino que

resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras

“ (1 Corintios 15:4);

de su muerte y resurrección depende nuestra salvación.

Llevemos nuestra comparación un poco más allá. Al dirigirme a mi amigo, para decirle lo contento que estoy de verle de nuevo, me doy cuenta de que mi antiguo acreedor, es decir, la persona a quien yo debía el dinero, también le sale al encuentro. El corazón me da un salto y comienzo a preguntarme si efectivamente todo está cancelado y terminado. Pero luego me doy cuenta de que se saludan y empiezan una amigable conversación. Desde aquel instante quedo convencido, adquiero la certeza de que mi deuda está totalmente cancelada, completamente pagada, no solo porque mi amigo está en libertad, sino porque mi acreedor habla con él como si fueran amigos desde hace mucho tiempo.

De igual modo me hallo doblemente convencido de estar redimido de mis pecados. Primeramente, porque Cristo salió triunfante del sepulcro, y en segundo lugar, porque le veo, por fe, sentado a la diestra de Dios. Él y el gran acreedor que es Dios, son amigos. Dios está satisfecho, y esto es lo que da paz a mi alma. ¿Esta maravillosa certeza también da paz a su alma? ¿Duda todavía ante las patentes y seguras pruebas que Dios le da para que esté satisfecho de la obra de Cristo?

¿Qué puede hacer Dios ahora sobre la base de la obra consumada por la muerte y la resurrección de nuestro Señor Jesucristo? Dios puede, querido amigo mío, justificar al pecador que cree: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”.

Hay personas que dicen: ¡Ah, si yo pudiera sentirlo! La Biblia no dice: «Justificados, pues, por los sentidos»; ni tampoco: «Justificados, pues, por las obras»; lo que dice es: “Justificados, pues, por la fe”.

¿Qué hace Dios con los que creen en Aquel que resucitó de los muertos, a saber, en Jesús, Señor nuestro? Ponga mucha atención; he aquí la respuesta: ¡Les atribuye justicia divina! Sí, son justificados ante los ojos de Dios. Son, lo repetimos, justificados por la fe; la justicia les es contada por creer en Dios, el que resucitó a Jesús, Señor nuestro, como está escrito: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1).

El valle y el gigante

Voy a dar dos ejemplos de paz. Miremos un caso bíblico: el de David y Goliat (véase 1 Samuel 17). Fórmese un cuadro en su imaginación. Saúl, cuya cabeza y hombros sobresalían entre los demás, por su estatura, está entre sus guerreros, quienes forman el ejército de Israel. Sin embargo, todos tiemblan. ¿Por qué?

Goliat de Gat, varón de gran tamaño y formidable aspecto, hace ya cuarenta días que desafía al ejército de los israelitas, pidiendo que le manden uno para pelear con él. La propuesta es la siguiente: Cada uno de los contendores representará a su respectiva nación; el vencedor no será, según el trato, vencedor del hombre sino del pueblo por él representado. El que perdiera la pelea estará indicando así, que junto con él, está vencido todo su pueblo, y este, en consecuencia, pasará a ser esclavo del vencedor. Saúl es alto, el más alto del pueblo y, sin embargo, tiene miedo.

Aparece por fin el campeón que todos necesitaban en ese momento, el campeón ansiado en la persona del joven David. Era un muchacho hermoso que poco antes apacentaba las ovejas de su padre. Saúl le pone su armadura, pero David la rechaza diciendo: “No puedo andar con esto, porque nunca lo practiqué”.

Él no era más que un joven pastor, pero había tenido la oportunidad de probar el poder de Dios en el caso del león y el oso (1 Samuel 17:34-36), y por lo tanto dijo: «Llevaré mi zurrón, mi cayado, mi honda y unas pocas piedras, y confiaré en el Dios vivo». Y David, con su honda y su cayado,

desciende al valle, mientras Goliat lo espera equipado con sus armas de guerra. El joven pastor lleva solo cinco piedras lisas en su zurrón; pero corre valientemente hacia el enemigo, porque confía en Dios; pone una piedra en la honda y dispara la piedra contra su enemigo.

Todavía le quedan cuatro más, pero no las necesita; una sola le basta. Dios la dirige hacia su destino. Hierde al gigante, se la clava en la frente y lo derriba. Este rueda por tierra mortalmente herido. Enseguida David corre hacia él, le quita la espada y con esa misma arma le corta la cabeza.

Ahora observe usted esto. Aquellos israelitas estaban llenos de dudas y temores; pero, al volver David de la pelea, ¿tuvieron paz y tranquilidad, o no? Sí, tuvieron paz, porque al volver, David traía en su mano el trofeo de su victoria: la cabeza del temido gigante.

Si pudiéramos preguntar a los que componían el pueblo de Israel –desde el asustadizo niño hasta el valiente guerrero– si todavía sentían algún temor por el gigante, todos a una voz darían igual respuesta: dirían que no. Y si les dijéramos: «Ustedes se sintieron como una tímida y débil criatura ¿no es verdad?». «Sí –nos habrían contestado–, pero al gigante ya no le tememos, porque está muerto. David ha vuelto del campo con esa horrible cabeza en su mano».

El caso no admite dudas. Ahora, considere esta comparación: el Señor Jesús descendió al valle de la muerte, pero ¿cómo descendió?

Jesús dijo que el Padre podía darle más de doce legiones de ángeles si él las pedía; pero él no las pidió. No se hizo acompañar por un poderoso ejército angelical, sino que fue solo. Descendió al valle de la muerte sin armas, y allí resolvió la gran cuestión del pecado. Descendió pobre, humilde, manso. Los hombres le hicieron cuanto quisieron, pero esto es poco si se considera que Jesús fue desamparado por su Dios. Sin armas de ninguna clase, sin ayuda de nadie, él ganó la batalla. Volvió del valle, retornó de la muerte y nosotros, los cristianos, podemos decir: «Estamos seguros de que la victoria fue obtenida. Sabemos que la fuerza del pecado y Satanás fueron vencidos; nuestro Salvador volvió resucitado de los muertos y lo vemos sentado en el trono de Dios, coronado de gloria y de honra».

Libres de un diluvio judicial

Voy a presentar otro caso que ilustra la enseñanza que me propongo dar. Dice la Biblia que, cuando Noé y su familia estuvieron dentro del arca,

Jehová cerró la puerta (Génesis 7:16).



Llovió durante cuarenta días y cuarenta noches, y luego el agua comenzó a disminuir. Después de algún tiempo “quitó Noé la cubierta del arca, y miró, y he aquí que la faz de la tierra estaba seca”. Observó Noé que el cielo estaba claro –aquel cielo que durante tantos días había estado sombrío– y, mirando al suelo que tantos días había permanecido cubierto por las aguas del diluvio, vio que estaba seco. ¿Habrá sentido Noé algún temor del diluvio después de esto? Sin duda me dirá que no, ¡porque las aguas habían desaparecido y la tierra estaba seca!

Observe, pues, estimado amigo: Jesús es nuestra arca de salvación. ¿Confía usted en él? ¿Sabe que en Cristo tiene un refugio seguro? Todo el torrente de la justa ira divina contra el pecado cayó sobre nuestra Arca, nuestro Sustituto, el Señor Jesucristo, cuando estaba colgado en la cruz del Calvario. La tempestad acabó para nosotros, los cristianos, y ya podemos levantar la cubierta del arca y ver que la tierra está seca. ¿Qué quiero decir con esto? Noé, para saber de dónde venía el castigo, miró hacia arriba y no vio caer ni una sola gota, pues la sentencia había sido completamente ejecutada; no quedaba nube alguna y no caía ni una sola gota de agua. El castigo había pasado, el sol brillaba, la tierra estaba seca.

Confiemos en Jesús, nuestra Arca. Podemos dirigir la vista hacia atrás, a la cruz del Calvario, y ver allí el lugar en el cual la justicia de Dios cayó sobre la cabeza de nuestro Salvador. La ira de Dios se descargó sobre él y, así como Noé estaba seguro en el arca, de igual modo lo está el creyente que confía en Jesús. Después de la cruz del Calvario, ¿qué más vemos? El velo del templo rasgado de arriba abajo, los sepulcros abiertos, las rocas partidas, ¡pruebas estas de que la tempestad ha desaparecido para siempre!

Nuestro privilegio es **elevantar** nuestros ojos al trono de Dios, hacia Aquel sobre quien cayó toda la condenación divina, al cual vemos coronado de gloria y honra. Y al contemplar esto decimos: «¡Gracias a Dios porque no quedó ni una sola gota de juicio por caer!». El firmamento que una vez estuvo oscurecido, por efecto del juicio, permanece despejado y sereno para nosotros. Jesús lo expió todo. Jesús pagó por todo. Él exclamó: “¡Consumado es!”. La tierra está seca y, mirando hacia arriba, vemos a Jesús sentado en el trono de Dios. ¿No le parece maravillosamente sencillo?

El calvario y el fuego

En cierta ocasión, una partida de cazadores atravesaba una de las inmensas llanuras de América. Se hallaban a cierta altura cuando, de pronto, los expertos ojos del guía advirtieron un peligro muy común en aquellos países. A lo lejos resplandecía una gran llamarada. Quizá la arboleda se había secado debido a un sol muy intenso, o tal vez otros cazadores habían encendido una hoguera en medio de su campamento y después no tuvieron la precaución de apagarla. Lo cierto era que el viento, soplando con fuerza, había avivado esa hoguera, propagando las llamas con espantosa rapidez por el campo abierto, devorando todo lo que encontraba a su paso y sembrando destrucción. ¿Qué podían hacer los cazadores? Huir era imposible, pues el viento propagaba el fuego con una rapidez siniestra y devastadora; no había tiempo que perder.

El guía se bajó de su caballo y prendió fuego al bosque que tenía delante; el viento agrandó y aumentó el pequeño fuego, y muy pronto vieron delante de ellos un espacio del que habían desaparecido hierbas y árboles, quedando solamente ceniza y troncos humeantes. El guía dijo entonces: «Refugiémonos en este lugar quemado, y aquí no correremos ningún peligro». Todos obedecieron aquel consejo.

El primer fuego siguió su obra devastadora; pero, al llegar al lugar quemado, como no encontró elementos que lo alimentaran, pasó por su alrededor, dejando ilesos a los viajeros. ¿Por qué? **Porque otro fuego se le había anticipado.** La hierba y los árboles ya habían ardido en aquel sitio y, al llegar el fuego a él, le faltaron elementos para extenderse más. Quedó vencido. No tenía poder alguno sobre aquellos hombres. Se vio obligado a pasar alrededor de aquel negro círculo sin causarles daño alguno.

Dios está a punto de ejecutar su juicio sobre este mundo. Observe usted con atención. Si quiere salvarse, póngase en el sitio donde ya pasó el fuego, es decir, en el Calvario, donde murió Jesús. Confíe en este bendito Salvador; confíe en él ahora mismo; si así lo hace, quedará ileso cuando venga el juicio sobre este mundo. A Su lado no habrá combustible para arder. Si la condenación cayó sobre la cabeza de Cristo, jamás podrá tocarle a usted. **Quédese en el sitio donde ya tuvo lugar el fuego.** Confíe en Jesús, el Salvador, y estará libre; Dios mismo es quien se lo dice.

Una paz inmutable

Unas palabras más para explicar el último punto. Los hombres hablan de los problemas por los cuales pasa su paz. Mi deseo es grabar en su mente esta verdad de la Escritura: “Él es nuestra paz” (Efesios 2:14). Es muy frecuente que, cuando alguien tiene deseos de obtener la paz, la busque en su propio corazón. Es un error:

“ Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso (Jeremías 17:9).

Otros procuran encontrarla en la Biblia, buscando algún versículo tierno y consolador. Hacen muy bien quienes leen la Biblia, pero no es el hecho de leer el que da la paz. Le diré cómo se obtiene. Está arriba, en el cielo. **Él es nuestra paz.** ¿Dice que su paz es variable? ¿Acaso Cristo, nuestra paz, varía? ¡No! La Biblia dice: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”. ¿Cómo puede variar su paz, si Cristo es su paz? ¡Nunca! Ha buscado la paz donde es imposible hallarla. La ha buscado en su corazón, en vez de buscarla en la gloria.

Supongamos que una mañana encuentro a un amigo en la calle, y le digo: –Buenos días, Fulano. ¿Cómo está usted? –Me siento perfectamente bien, sobre todo hoy. Al despertar me puse a cantar himnos. Mi corazón rebosa de alegría. El júbilo que siento me convence firmemente de que soy salvo. ¡Qué engaño! Este hombre funda su certeza en la satisfacción íntima que lo anima.

¿Hacia dónde mira usted?

Me despido de este amigo y, al doblar la esquina, me topo con Zutano, quien es uno de esos individuos melancólicos, de aspecto taciturno y conversación pesimista; personas como esta abundan y todos las conocemos. Le saludo y le digo: –¿Qué tiene usted? ¡Su aspecto no es bueno! –Desperté hoy de muy mal humor –me contesta. El diablo me metió en la cabeza ideas que me quitan la tranquilidad.

Y después añade con una amarga sonrisa: –Lo que me consuela, en medio de mi infelicidad, es saber que el diablo no me causaría ningún sinsabor si yo no fuera convertido. Sí, tengo la seguridad de ser salvo, pues si no fuera así, no me vería tan atormentado.

¡Pobre hombre! ¡Basa la certeza de su salvación en las miserias que produce su corazón malo! ¡Ambos están igualmente equivocados, pues, para asegurarse de su paz miran **adentro** en vez de **mirar arriba!** Su paz varía según sus sentimientos; su barómetro espiritual oscila continuamente.

Estimado amigo, no se fíe de sus propios sentimientos, no fundamente su paz en ellos. ¿Cómo llegaría a saber que tiene paz con Dios? Ciertamente no lo sabrá mirando dentro de sí. Nosotros, quienes por naturaleza somos pobres, miserables e indignos pecadores, nada poseemos que nos recomiende al favor de Dios. Pero... ¡fíjese bien! Es verdad que no podemos hacer la paz con Dios. Ni siquiera podemos ayudar a hacerla. Pero el Señor Jesús la hizo. Él mismo la hizo por la sangre de su cruz. Él resucitó de los muertos, la corona ciñe su frente y las Escrituras dicen: “Él es nuestra paz”.

No mire, pues, hacia adentro; mire hacia arriba; mire la cruz del Calvario. ¿Qué palabras son aquellas que constituyen la noticia más grata? “Consumado es”; y son tan verdaderas hoy como en aquel tiempo. Y en la mañana de la resurrección, ¿cuál fue el nuevo saludo del Señor? “Paz a vosotros”. Que los ojos de su fe se eleven hasta la presencia de Dios y contemplen la faz de Cristo, el **Inmutable**, el que no cambia, el que ciñe victoriosa corona. Entonces podrá decir: «Cristo es mi paz; la cruz está desocupada; el sepulcro vacío, y él está sentado en el trono. ¡Él es mi paz!».

Pequeño resumen

Hay tres cosas que están íntimamente unidas:

1. la obra de Cristo;
2. la Palabra de Dios; y
3. su salvación. “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo” (Hechos 16:31).

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Gracias a Dios, esta es nuestra herencia mediante la fe.

Que Dios le guíe a depositar con sinceridad toda su confianza en la obra hecha por Cristo; a creer en Dios, quien le resucitó, y a saber que la paz desciende de aquel trono celestial hasta su corazón mediante Jesucristo, nuestro Señor. Que esta sea su dicha. Amén.